

Nuestros deberes

Atravesamos uno de los momentos más críticos de nuestra historia. Presenciamos la descomposición de los partidos, la crisis del parlamentarismo, la bancarrota de las doctrinas liberales. Los partidos se reducen a vivir, desprendiéndose de su lastre doctrinal, el parlamentarismo es declarado inútil, cuando no funesto, en los momentos de peligro, y las doctrinas liberales sufren las consecuencias lógicas de sus antiguos principios, viéndose arrastrados a su pérfida, hacia la anarquía. En hora, pues, de pensar en nuestros deberes, como católicos y como patriotas.

La cuestión planteada es sencillamente una cuestión moral, cuestión eterna que se presenta en todo tiempo a las sociedades y a los individuos a su paso por la historia. Cuestiones de moral política, de moral social e individual, que o se resuelven en sentido cristiano y a los pies de Cristo, o nos llevan inevitablemente a la anarquía, vaciadero del detritus social en los tiempos modernos.

Tres frentes tiene nuestro campo; el religioso, combatido por el odio satánico, alimentado por las pasiones y dirigido por Lucifer; el político-social, seriamente amenazado por el cesarismo moderno, en todas sus múltiples manifestaciones, y por el socialismo y anarquismo contemporáneos; el orden individual, armazón atómico de los cuerpos sociales donde se libran las más encarnizadas batallas, que luego salen a la superficie para formar las fuerzas, que actúan en cada uno de los dos anteriores campos. Ninguno de esos frentes debe estar desgarnecido; en todos ellos debemos extremar la vigilancia, y al plan general que nos rige, dictado por Dios y mantenido por la Iglesia santa, debe secundar el concepto claro y racional de nuestros deberes.

En torno de la familia, del individuo, de la unidad social, es donde se libran los mayores combates. Todas las doctrinas vienen a nutrirse en él y a conquistar entre sus filas el poderoso argumento de la mayoría y de los números, de eficacia decisiva en las luchas contemporáneas. Por eso, junto a los Pastores que defienden el frente religioso, junto al denodado defensor de Cristo y al apóstol social, debe sumarse la moralización, realizada ya por el sacerdote, ya por el catequista, por los mismos católicos, que, como por un fenómeno de capilaridad, deben ir realizando, desde abajo, lo que los elementos directores inician desde arriba.

Por mucho tiempo nos estará vedado arribar a la política, divorciada por

completo del ideal católico, y secuestrada por el error, que se llama cesarismo, liberalismo, revolución maná o preteriana; tardaremos también muchísimo en conquistar el campo social, ya por el tiempo perdido, o ya por la sugestividad y aliciente que tienen las doctrinas del reparto social halagadoras de la fiera humana; pero la conquista del individuo, el moralizar a nuestro alrededor, el organizar nuestras fuerzas, es labor que no admite espera, deber que tenemos que cumplir inmediatamente, sin cansancio, sin desfallecimiento, y con la fuerza sobrenatural que posee el que trabaja por Dios y de El recaba las fuerzas necesarias. Moralizar es nuestro deber y moralizar es propagar nuestra religión, el espíritu católico, entre cuanto nos rodea, defenderlo de los ataques que se le dirigen, preservarlo de esta atmósfera corruptora que nos envueta. El triunfo Eso vendrá después, como viene la recolección después de la siebra, la corona después de la victoria.

Si llegáramos a poseernos de esto, si se multiplicara el esfuerzo individual, no tardaría la sociedad en todos sus órdenes en emprender un movimiento de aproximación hacia Cristo, ni se haría esperar el triunfo de los ideales católicos. Debíamos de aprender de nuestros enemigos esa labor incesante cerca del individuo, que multiplicada después por la unión y la organización, les da fuerzas para tiranizar con su pequeño número a una inmensa mayoría.

F. C.

Periódicos como «El Socialista» que hacen trabajar de noche a sus obreros, incluso los domingos, y demagogos como Lerroux, Blasco Ibañez, Iglesias, etc., que engordan a costa del pobre trabajador, no deben, no pueden predicar contra el trabajo nocturno por estar desautorizados para ello.

Los que podemos ahogar por el proletario, somos los católicos que en casi todas las circunstancias difíciles de su vida procuramos socorrerle y consolarle pródicamente.

La familia de Judá

En España casi nadie toma en serio el peligro judaico. Los judíos, muy satisfechos de que no se crea en ellos y de que no se les oponga resistencia, van adelantando camino en la sombra y se apoderan de las alturas donde se forjan las grandes influencias, intervienen en nuestra política bajo denominaciones diversas y clavan la zarpa de sus uñas afiladas sobre los últimos despojos de la riqueza nacional.

Hoy los judíos tienen una hipoteca sobre nuestro país de más de mil millones de francos, son propietarios de las grandes líneas de ferrocarriles, de las explotaciones mineras más productivas, de grandes hoteles, de casas de juego como el Casino de San Sebastián, de alguno de nuestros más sancaudos monopolios, tienen a sueldo a políticos muy conspicuos, han conseguido meter a gente suya en el Gobierno y han copado por completo las únicas riquezas aprovechables, en esos territorios del Rif, que tanta sangre y tantos sacrificios nos cuestan.

El éxito les alentó y convencidos de su omnipotencia libran actualmente la decisiva batalla, un empeño de amor propio lleno de tenacidad israelita que representa una burla humillante, un verdadero ultraje a los sentimientos religiosos del país.

Odiados en toda la Europa civilizada, los judíos necesitan una nacionalidad y hace tiempo que pensaron en disponer de la bandera de esta pobre España, que ya es suya, para tapar con ella el estigma y el resallamiento de su raza, eternamente maldita.

A este fin, iban encaminadas las campañas de Pulido, judío militante y «factotum» de la Sociedad Editorial de España, de Morote y del publicista Isaac Muñoz, colaborador del *Heraldo de Madrid*, a sueldo del Gobierno español por desempeñar un alto puesto en los cuerpos administrativos de Marruecos.

Iniciaron estos señores el movimiento para conseguir que se reconociera la nacionalidad española a los judíos residentes en Marruecos y en el Extremo Oriente. Solicitaban esta nacionalidad de un golpe cincuenta judíos desarrapados, y así, dando a la campaña un matiz de humanidad, quedaba el portillo abierto.

La maniobra judaica venía dirigida desde París y las órdenes se cursaban por medio de Pulido en funciones de Gran Rabino español.

Tras el reconocimiento de los judíos de Tánger, Ceuta, Larache y Tetuán, escondíase un negocio asqueroso, el de las minas del Rif y el de la protección a los mercachifles hebreos que despelejan con sus usuras a los pobrecitos moros.

A España no le falta más, para ser odiada en Marruecos, que cubrir con su bandera a los judíos, tan aborrecidos allá, como en todos los pueblos donde logran sentar sus reales.

Un influyente político español, patrocina desde luego la campaña. Nos referimos al Presidente del Congreso señor Villanueva, judaizante por afición y por abolengo. No hay más que fijarse un poco en los rasgos fisonómicos de su cara, Otro político español

de gran poder, unido estrechamente a los judíos por tradición de familia y por comunidad de intereses, el Conde Romanones, prestó desde los primeros momentos al proyecto las más entusiásticas de las cooperaciones. Se siguió trabajando incluso para lograr que el reconocimiento de los judíos apareciera como una iniciativa del monarca y formando parte integrante del programa evolutivo de la Corona.

Esta gestión marcha por muy buen camino, y para ultimarla realizó Villanueva su último viaje a Marruecos. El Presidente del Congreso ha sido recibido en todas partes con honores oficiales, de los que participaban los hebreos ricos que han formado su Estado Mayor desde que desembarcó en tierras africanas. En Tetuán, al fijar el orden de las audiencias, colocó a los judíos por encima del elemento español; primero fueron los suyos y después la representación de España. Allí mismo, en un banquete que le dieron los israelitas, declaró que ya puede considerarse como un hecho el triunfo de sus aspiraciones, y, en efecto: tomándose un anticipo del honor ofrecido, aquel mismo día las mujeres hebreas fueron a la sinagoga llevando en las tocas lacitos con los colores de nuestra bandera. Es lo único que faltaba para completar la obra de la democracia, que durante la etapa de Romanones recoja España en su regazo a la raza execración del mundo, vergüenza de los siglos y lepra de la humanidad.

CIRIO VENTALLÓ

La cabra tira al monte

Ediles republicanos que jugáis en Barcelona justo al salón de sesiones mientras se charla de cosas que a la ciudad interesan, pero no a vuestras personas, seguid poniendo la «benca» sin temores ni zozobras que el Francos no se mete ni el alcalde se incomoda.

Cuando se trate de aguas, podréis dar suelta a la prosa de aparatosos discursos en sesiones «borrascosas».

Pero no habiendo «negocios» que discutir... ¡a la broma! ¡A ver si sale el «caballo» es «as», el «siete» o la «ota»!

Así se administra al pueblo, Lerroux os quiere y adora, y llegaréis como él a ser ilustres plutócratas.

EL DE LOS OJOS CLAUOS

ERA LÓGICO

No tenemos que encarecer los muchos perjuicios que el actual movimiento societario ocasiona a la propiedad, el comercio, la industria y a la